Alfredo se acercó hasta ponerse a su lado y se quedó en silencio mirándola. Cecilia olvidó su café, que abandonó sobre el escritorio y bajó la cabeza. Él tuvo la impresión de que estaba por lanzarse a llorar y tomándola por un brazo la volvió hacia sí.

– ¿En serio no te pasa nada? – insistió

Ella continuaba con la cabeza gacha, sin responder, los ojos apuntando al suelo y los rasgos de la cara totalmente distendidos. Él se mantuvo aferrándola son suavidad por el brazo y notaba cómo todo el cuerpo de la mujer se iba relajando. Ella no se resistía, pero tampoco demostraba nada que lo alentara a persistir en su intromisión.

–Mirá, no tengo idea de cuál puede ser tu problema, pero sabés que podés contar conmigo – dijo improvisando torpemente, como buscando una salida a la situación.

Cecilia pareció comprender que Alfredo no esperaba realmente una respuesta y persistió en su silencio. Él se debatía entre el impulso de cobijarla, abrigarla entre sus brazos, conteniéndola y el sentimiento de mantener la distancia que le imponía su amistad con ella y con su marido. Sostuvo su brazo con la presión más leve aún y permaneció observándola un momento, que se le hizo grave y agobiante. La contemplaba en silencio, tenso y expectante pero no ansioso, como esperando una señal para resolver su dilema. Pero ella no emitió ningún mensaje, todo debería afrontarlo por sí mismo. Y él también se confió a lo que le dictara el devenir del encuentro. Aumentó ligeramente la presión sobre el brazo, sin dejar de mirarla a sus ojos, que se mantenían esquivos, perdidos en el suelo. Entonces la tomó por el otro brazo y la atrajo hacia su cuerpo. Ella se sometía sin rechazo ni aprobación a sus movimientos. El silencio se hacía tan espeso como una niebla matutina y Alfredo notó como toda su mente y su persona toda, acallaba cualquier deliberación que pretendiera orientar a su voluntad. Con actos espontáneos e inseguros, la acercó más aún y percibió que los ojos de Cecilia, se alzaban hacia los suyos, aunque sin levantar la cabeza, mientras la boca se le contraía en un rictus que presagiaba el llanto. Él la estrechó suavemente contra su cuerpo y percibió el aroma tibio e incitante de su piel. Sin fragancias artificiales, ni otras